

y restas cada rato para saber cuántos cuentos hemos leído y cuántos nos faltan para terminar.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

Una conspiración de monjes medievales

Memoria de mis putas tristes

Gabriel García Márquez

Mondadori y Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2004, 109 págs.

A pesar de haber transcurrido ya más de un año después de su publicación, la reseña de un libro como éste, leído por casi todo el mundo, resulta aún notoriamente apresurada. Por lo tanto, no consiste en decirle al lector por qué razón debería o no leerlo —él ya lo sabe y no necesita que se le repita—, sino tratar de ayudarlo a justificar las razones de sus afinidades o de sus rechazos.

Ya dejamos atrás las superficiales opiniones de coctel, unas muy positivas, otras muy negativas, en cualquier caso bastante polarizadas. Dejemos, pues, que el tiempo decante y nos diga dentro de un siglo cuál es el lugar que este "cuento largo", que los editores se arreglaron para meter en 109 páginas cuando cabía en 30, ocupa en la obra de García Márquez.

Lo que sí podemos tratar de develar ya son los varios tópicos que se han empleado, con previsible persistencia, para admirar o repudiar el librito y, sobre todo, la obscena parafernalia que acompañó su lanzamiento, obscenidad que podemos alargar hasta las opiniones sobre el mismo libro, que han sido tan poco variadas como polarizadas.

Este librito ha suscitado desde la reverencia y el endiosamiento, hasta el asco y la repulsión totales. Miremos en primer lugar los tópicos puramente literarios. Algunos han admirado la pequeña obra maestra que funciona como un mecanismo

de relojería y han equiparado la perfección literaria de la *Memoria* con la de *El coronel no tiene quien le escriba*. Para otros, se trata del manido recurso a una fórmula anacrónica ya agotada, y este libro no hace más que llover sobre mojado. Otros aceptan que la fórmula es la misma, pero encontraron otras cosas en el libro.

do a lo largo de los años con la esperanza de ponérselo a algún libro, así finalmente tenga que empotrárselo con ayuda de un calzador.

El tópico de insinuar un plagio de Kawabata me parece una absoluta tontería. Bien lo señaló, con cierta ironía, Mario Jursich: si Gabo no lo anota en el epígrafe, nadie lo hubiera notado. Este tipo de crítica, que



El título mismo constituye una provocación, cuando no una invitación a la obscenidad crítica y de mercadeo. Si bien la palabra *puta*, en el título, puede ser una provocación, en todo caso no es una novedad... Putas hay a porfía en títulos de muchos autores (se me ocurren, entre los mejores, Berberova y Sartre). Lo que personalmente me ha llamado la atención es que el título poco y nada tiene que ver con el contenido. Aquí no hay putas ni tristezas sino apenas de refilón. Más bien parece que se trata de uno de esos títulos que un autor va guardan-

se sustenta en el bagaje cultural del lector, sí que es peligroso. Más que la cultura, lo que suele mostrar es la incultura del lector y su mísero acervo de lecturas. Kawabata resulta ser un escritor muy inferior a Gabo, a pesar del Nobel común. ¿Cómo puede especularse que se trate de un plagio, cuando los recursos literarios de ambos autores son absolutamente disímiles y el tema mismo se desarrolla dentro de dos culturas refractarias? El que sostiene una opinión semejante se expone a comentarios como el de Álvaro Mutis sobre Miguel Ángel Asturias, a

quien llamó "pobre diablo" por haber dicho, con el atrevimiento propio de quien tiene encima pocas y malas lecturas, que *Cien años de soledad* era un plagio de *La búsqueda de lo absoluto* de Balzac.

debía tener en la penumbra". En el mejor de los casos las observa como un Proust tropical: "Pasaban pedaleando como venadas; bellas, disponibles, listas para ser atrapadas a la gallina ciega".



Lo que sí acerca la obra de Gabo a la de Kawabata, es que ambos libros retratan sociedades machistas en grado sumo. Y esto nos lleva al primer tópico extraliterario, que ha sido poco anotado, pero en el fondo del cual subyace la repugnancia con la cual ha sido leída por "algunos", y sobre todo por "algunas", esta historia: el de la absoluta desconsideración hacia la mujer. En la *Memoria de mis putas tristes* no solamente la mujer carece de toda importancia, sino que casi ni siquiera ocupa su tradicional papel de objeto sexual para satisfacer el deseo masculino. El mayor elogio que logra tributar a alguna es el de sus poderes en la cama: "era fácil imaginarse el poder de demolición que

Pero cualquier objeción en este terreno que pueda hacerse al libro, no lo olvidemos, es de carácter moral, no literario. Aunque esto no tiene nada que ver con la calidad literaria de la obra, es una simple constatación de orden sociológico. A mí me molesta mucho que se dé un trato indigno e indignante a la mujer. Pero también profeso que el estilo puede salvar cualquier tema y que no hay temas en sí prohibidos por inmorales, aunque sí posturas repugnantes que pueden llegar a menoscabar el estilo, sobre todo cuando se descubre que el propio autor no se siente a gusto con lo que está escribiendo y termina encontrando que su posición envuelve una falsedad moral y ésta se le convierte en

falsedad literaria... Pero si algo hay que condenar en este sentido, no sería la prosa de Gabo, sino el machismo puro y simple dentro del cual ha vivido toda su vida, el machismo costeño si se quiere, o, para no ofender, el machismo colombiano, el machismo latinoamericano y el machismo universal, pues hay para todos...

Bien es cierto que el libro no pertenece al ciclo "Macondo", abandonado desde *Cien años de soledad*... *La Memoria* pertenece más bien a un ciclo que podríamos llamar "episodios de la vida de la costa", en el cual sólo hay dos obras, *Crónica de una muerte anunciada* y, sobre todo, *El amor en los tiempos del cólera*, que es con el que más afinidades temáticas tiene. Pero podemos verlo también desde la perspectiva de sus *Memorias*. El autor puede alegar que no está inventando nada más que una historia posible dentro del mundo en el que ha vivido. Mientras escribía sus memorias de adultez, Gabo, sabiéndose enfermo, ha debido pensar en su vejez, una edad que posiblemente no llegaría a vivir, y ello puede haberle llevado, acaso inconscientemente, a escribir en el pasado las improbables memorias de su vejez. Gabriel García Márquez debe de sentirse como el héroe de Mutis en el *Tríptico de mar y tierra*: "Cuando logré ponerme en pie y caminar un poco ya estaba curado, pero me sentía como un nonagenario que trata de aprovechar sus últimos meses de vida". También es la autobiografía del García Márquez que habría sido si se hubiera quedado para siempre en provincia como periodista. Desde este punto de vista, podría hablarse también de un homenaje al Henry James de *The Jolly Corner*.

El tratamiento que da en este libro a los sentimientos de un anciano es notable y sus reflexiones sobre la vejez muy interesantes y risueñas:

"La verdad es que los primeros cambios son tan lentos que apenas si se notan, y uno sigue viéndose desde dentro como había sido siempre, pero los otros los advierten desde fuera".

“Mi edad sexual no me preocupó nunca, porque mis poderes no dependían tanto de mí como de ellas, y ellas saben el cómo y el porqué cuando quieren”.

taña mágica, “que me enseñó a entender los humores de mi madre desnaturalizados por la tisis”, hasta sus libros cómplices: los dos tomos del Primer Diccionario Ilustrado de la



“Empecé a medir la vida no por años sino por décadas. La de los cincuenta había sido decisiva porque tomé conciencia de que casi todo el mundo era menor que yo. La de los sesenta fue la más intensa por la sospecha de que ya no me quedaba tiempo para equivocarme. La de los setenta fue temible por una cierta posibilidad de que fuera la última”.

Quiero señalar, eso sí, un tópico que es muy novedoso en la obra de García Márquez: el de la referencia culta, el guiño de ojo al buen lector y al amante de la música. Lo que ocurre es que ahora el autor se atreve a algo a lo que quizá antes no se sintió seguro. Las menciones literarias abundan, y abarcan un amplio espectro, desde las dos primeras series de los *Episodios nacionales* de don Benito Pérez Galdós (guiño de ojo a Mutis), pasando por *La mon-*

Real Academia, de 1903; el *Tesoro de la lengua castellana o española* de don Sebastián de Covarrubias; la gramática de don Andrés Bello, “por si hubiera alguna duda semántica, como es de rigor”; el *Diccionario ideológico* de don Julio Casares, el *Vocabolario della lingua italiana* de Nicola Zingarelli, y el diccionario de latín.

También son mencionados los seis tomos del *Juan Cristóbal* de Romain Rolland, *El principito* de Saint-Exupéry (“un autor francés que el mundo entero admira más que los franceses”), *Las mil y una noches* (en una versión desinfectada para niños), *Los idus de marzo* de Thornton Wilder, Leopardi...

García Márquez ha anotado la influencia mágica que tienen algunas piezas musicales sobre la inspiración del artista; por ejemplo, en la audi-

ción de la música de cámara de Fauré y, por supuesto, en la de los célebres compositores de la letra be. En la *Diatriba de amor contra un hombre sentado* podemos leer: “Me diste a probar el veneno de Bach, de Beethoven, de Brahms, de Bartók, y claro, de los Beatles, las cinco bes sin las cuales ya no se puede seguir viviendo”. En algún otro lugar comenta al respecto: “Alguien volvió a decir la misma tontería de siempre: que se incluyera a Bozart”. Y agrega: “Álvaro Mutis, que como todo gran erudito de la música tiene una debilidad irremediable por los ladrillos sinfónicos, insistía en incluir a Bruckner. Otro trataba de repetir otra vez la batalla a favor de Berlioz, que yo libraba en contra porque no podía superar la superstición de que es *oiseau de malheur*, es decir, pájaro de mal agüero. En cambio, me empeñé, desde entonces, en incluir a los Beatles”. Pero si se trata de las bes sin las cuales no se puede vivir, algunos incluiríamos entonces al propio Borges en esa extraña lista.

Pues bien, en la *Memoria de mis putas tristes*, las referencias musicales se extienden en un abanico inusitado, de quien ya conoce y quiere compartir un mundo que ha terminado por descubrir y hacer propio, tanto que el libro podría ser acompañado por una discografía anexa, que me permito esbozar:

1. Las seis suites para violonchelo solo de Juan Sebastián Bach, “en la versión definitiva de don Pablo Casals”. “Las tengo como lo más sabio de toda la música”... “Me adormecí con la segunda, que me parece un poco remolona, y en el sueño revolví la quejumbre del chelo con la de un buque triste que se fue”.
2. Los veinticuatro preludios de Chopin por Stefan Askenase. (Que estuvieron por fuera de catálogo durante muchos años y no habían aparecido aún en versión digital y que han sido recientemente reeditados por la Deutsche Grammophon: Stefan Askenase, *The Complete 1950s Chopin Recordings*).

3. La sonata para violín y piano de César Frank, por Jacques Thibault y Alfred Cortot ("una interpretación gloriosa"). Emi, Reference.
4. La rapsodia para clarinete y orquesta de Wagner (¿probablemente inexistente?).
5. La rapsodia para saxofón de Debussy. (Versión recomendada: John Harle, Emi).
6. El quinteto para cuerdas de Bruckner, "que es un remanso edénico en el cataclismo de su obra". (Versión recomendada: L'Archibudelli, Sony).
7. La obra para piano de Satie (la lírica ascética de Satie).
8. La sonata número uno para violín y piano de Brahms. (Versión recomendada: Perlman y Barenboim, Sony).

Desde luego no podía faltar Johannes Brahms, compositor que tiene una extraña y vivificante presencia en la poesía y en las letras. Jorge Luis Borges, que por lo demás dedicó un poema al compositor alemán, decía haber observado que había una música que lo estimulaba, la música de Brahms, en tanto otras lo descorazonaban. Así, en una entrevista declaraba: "Desgraciadamente soy un sordo musical. Cuando trabajaba con Bioy Casares, su mujer Silvina Ocampo, ponía discos. Notábamos que había algunos que no nos ayudaban como los de Debussy y otros que nos estimulaban como Brahms. Le pedíamos a ella que pusiera sus discos mientras escribíamos. No sé si atendíamos, pero allí estaba esa música fluyendo y algo nos exaltaba, era Brahms".

Pero lo más interesante de este libro gira alrededor de dos hechos obscenos que acompañaron el lanzamiento del libro. Primero, la famosa edición "falsa" que supuestamente saldría al mercado para despistar a los autores de las ediciones piratas que se venden en los semáforos. Aunque finalmente se supo que la tal edición falsa nunca existió, hay quien me asegura que sí la hubo y que apareció especialmente en la edición peruana. En cualquier caso, tal estrategia editorial no puede ha-

cer más que convertir en joya bibliográfica, y por tanto mucho más preciada, a los ejemplares de la edición "falsa" que con el tiempo se cotizarán a precios exorbitantes.

el particular, tanto el autor como los directores de las bibliotecas públicas coincidieron en afirmar que el único efecto que tendría semejante norma en un medio como el nuestro sería el



El segundo hecho: Una directiva europea obliga a introducir expresamente, en los libros para España, la siguiente leyenda: "Quedan rigurosamente prohibidas sin la autorización escrita del titular del 'Copyright', bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos".

Por un error involuntario, los editores dejaron la leyenda en toda la edición para Latinoamérica. Seis meses después, alguien se enteró y el escándalo estalló en la prensa. ¿No se permite el préstamo de este libro en las bibliotecas? Consultados sobre

de alejar aún más a los ya poquísimos lectores existentes.

De lo que se trata, en el fondo de todo esto, es de tratar de evitar la reproducción, por medios electrónicos, de los libros. Durante el año siguiente al nacimiento de la imprenta, en diversos monasterios de Occidente se intentó fraguar una conspiración de monjes copistas en contra del nuevo invento, condenándolo como cosa antinatural y satánica. Pretendían que, después de tantos siglos de trabajo, los derechos por el invento debían seguir siendo recaudados por ellos. De espíritu más libre y adaptable, los monjes alemanes decidieron que era mejor aplicar el invento que condenarlo. Así, publicaron entre otros la obra de Américo Vespucio y el mapa de América de Martin

Waldsemuller... España se quedó así, para empezar, sin el nombre del continente descubierto.

Hoy, los monjes copistas, desbordados por la tecnología, siguen dando palos de ciego, tratando de tapar el sol con las manos y pretendiendo que la reproducción electrónica y masiva de documentos no sea permitida... El mundo que quieren podría parecerse en unos años menos al 1984 de Orwell o al mundo feliz de Huxley que al del *Fahrenheit 451* de Bradbury.

tendríamos algo muy parecido a la predicción de Bradbury...

En su empeño por defender sus intereses, los tiburones multinacionales quieren perseguir a los usuarios. En el momento de escribir esta reseña, en Francia el diario *Nouvelle Observateur* ha iniciado una campaña para que los jueces no caigan sobre el usuario de internet, en tanto que en Brasil, estimulados por una visita del señor Bush, están intentando cerrar todos los negocios de fotocopias.

¿Qué es lo que la gente está dispuesta a comprar? Lo de siempre: pan y circo. El comunismo fracasó estruendosamente al intentar que el Estado distribuyera ambos. El capitalismo fracasó estruendosamente al abandonar todas las demás actividades humanas a la avaricia de estas dos primeras.

Está bien que desaparezca el comunismo, pero eso no quiere decir que tengamos que aceptar un capitalismo salvaje que hace que cada media hora un engendro como Michael Jackson gane más dinero que Albert Einstein en toda su vida.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Un espacio casi olvidado de la historia colombiana

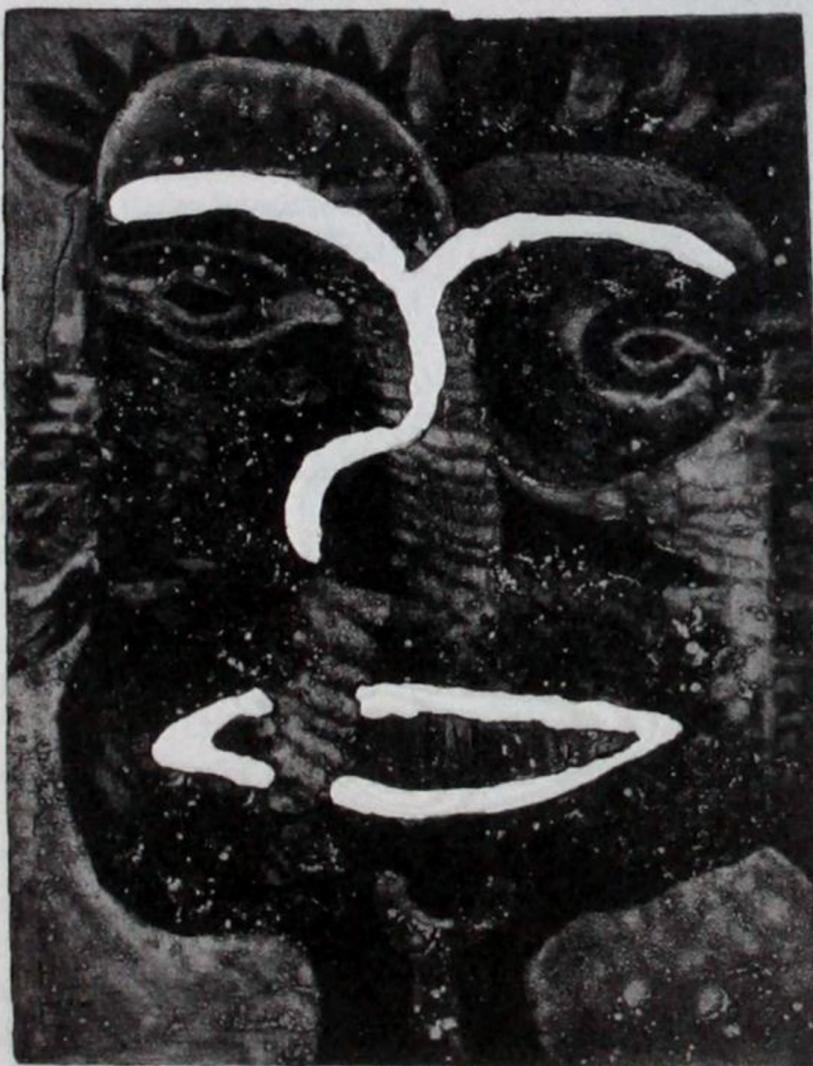
Los informantes

Juan Gabriel Vásquez

Alfaguara, Bogotá, 2004, 402 págs.

Ciertamente, Juan Gabriel Vásquez es un escritor joven. Pero él mismo rechaza su inclusión en una categoría que pertenece más al mundo de la farándula que al de la literatura: "Va mal un país cuando la juventud es un salvoconducto, no digamos ya una virtud literaria". La crítica, por otra parte, realiza tan pobres acercamientos a una obra al calificarla de juvenil, como mediocre suele ser la obra. Bien mirado, no hay razón alguna para que el crítico sea superior al criticado, según el viejo precepto jurídico que dice que lo accesorio sigue a lo principal. Se cree que ya es gran cosa decir de un autor que es *joven*. "¿Es que en este país no hay nadie capaz de decir si escribe bien o mal?", se pregunta un personaje de *Los informantes*.

Pues bien, recogiendo el guante, tengo que decir que Juan Gabriel Vásquez escribe bien. Incluso *muy*



15/15

-PIEZA EN FORMA DE PERA XII-

LUIS H. ARISTIZÁBAL

A mí esa idea me pone la carne de gallina. Acaso el destino de la humanidad se decidió el día en que los Bill Gates, en su tonta ceguera, consideraron que la tal internet no era más que un jueguito de estudiantes fantasiosos. Internet, por una casualidad milagrosa, está hoy en manos nuestras, de la humanidad entera. Si en ese momento los tentáculos de la globalización o los Estados lo hubieran advertido, se habrían apropiado de la novedad y hoy

Hay fenómenos que se deben combatir, sin duda. Pero no se puede combatir la pornografía en internet combatiendo a los que intercambian cultura. La cultura es de todos y no hay derechos de autor que la puedan limitar. No se puede combatir la piratería combatiendo a los usuarios de internet, ni a la inmensa economía informal que en nuestros países vive de sacar fotocopias, así como no se puede combatir al sicariato combatiendo a los dueños de motocicletas.